



CORBI, Marià. **Para uma espiritualidade leiga.** São Paulo: Paulus, 2010. 294 p.

[**Hacia una espiritualidad laica, sin creencias, sin religiones, sin dioses.** Barcelona: Herder, 2007, 350 p.]

Marta Granés Bayona*

El libro parte del hecho, que para el autor se presenta de manera evidente, de que la sociedad que nos ha tocado vivir padece una de las mutaciones más profundas de la historia humana: pasar de vivir haciendo fundamentalmente lo mismo, a vivir habiéndose de mover continuamente. En la sociedad anterior, ya desaparecida en algunas zonas del planeta y en otras está en vías de desaparición, el presente y el futuro se configuran con patrones del pasado. Es el caso de sociedades preindustriales pero también de las industriales puesto que se encuentran atrapadas en modelos ideológicos y científicos. La nueva sociedad, que vive de la creación y el cambio continuo, modifica constantemente las formas de pensar, sentir, organizarse y vivir de los individuos y grupos, por lo que el pasado no puede configurar ni el presente ni el futuro, estos se deben proyectar con total fluidez sin la fijación de ningún tipo de creencias ni normas del pasado porque impiden el movimiento.

Recensão recibida el 25 octubre y aprobada el 12 de marzo de 2015

* Doutoranda em Filosofia na Universidad Complutense de Madrid. País de origem: Espanha. E-mail: mgranés@cetr.net

El autor propone comprender el tipo de repercusiones y el alcance que esa mutación conlleva en el ámbito axiológico, para lo cual empieza estudiando cómo se estructuraba el mundo valoral en las sociedades preindustriales. Entresaca unos rasgos significativos tales como que en ellas son los mitos los que dan las coordenadas axiológicas a los individuos y a los grupos; que el poder de los mitos como estructuradores axiológicos proviene de la estructura profunda significativa de la actividad con la que sobrevive el grupo –la caza, la recolección, el cultivo, etc.; que de esta acción principal sale la metáfora central que va a configurar el núcleo del mito; y que a través de él modela la interpretación y la valoración del mundo en los individuos. De este análisis se deduce que cambios en la forma de sobrevivir de los grupos, implican cambios en los mitos y por tanto cambios en la interpretación y valoración de la realidad.

El autor aborda a continuación la primera industrialización, en la que el mito – de lenguaje simbólico – propio de las sociedades agrarias-autoritarias es sustituido, poco a poco, por las ideologías – de lenguaje filosófico –, que al adaptarse mejor al saber técnico de los ingenieros pueden asumir la función de programación axiológica que antes cumplían los mitos.

Con la segunda industrialización se implanta un nuevo sistema de producción de bienes y servicios basado en la producción continuada de conocimientos y tecnología. La innovación científica y tecnológica suponen transformaciones en el trabajo, los cuales comportan cambios en la organización laboral que, consecuentemente, implican innovaciones en las relaciones y en las finalidades colectivas. Y estos suponen cambios en los sistemas de cohesión y valoración de los grupos, es decir, cambios axiológicos. En la nueva sociedad todo se mueve, por tanto las creencias religiosas (mitológicas) y laicas (ideologías), que son formas estáticas y fijadoras de interpretación, no se podrán mantener porque resultan contraproducentes para la marcha de la sociedad. Consecuentemente ello va a conllevar la desaparición de la religión.

Frente a esta situación el autor afirma que hay que plantearse y resolver el problema de cómo cultivar aquello que antes venía bajo formas religiosas: la dimensión absoluta de la existencia (lo que anteriormente se denominaba como *espiritualidad*). El libro aborda esta cuestión desde una nueva base antropológica: los humanos como animales que hablan. La dimensión absoluta de la realidad, la espiritualidad, el autor la sitúa en la habilidad humana del habla.

El habla permite trasladar el significado estimulativo que las realidades tienen para los humanos a un soporte acústico. El habla, pues, permite hacer la transposición de sentido de lo extralingüístico al ámbito lingüístico, es decir traspasar el significado de la cosa, es decir la estimulación para los individuos, a un soporte acústico, el significante. Se puede afirmar que la competencia lingüística propia de los humanos es una herramienta de comunicación al servicio de la simbiosis, y por tanto de la supervivencia.

La realidad para los hablantes es ternaria pues entre las cosas y el sujeto siempre se presenta el habla. El habla posibilita a los humanos poder distinguir entre lo que es el significado de las realidades para nosotros, y aquello que son las cosas en ellas mismas. Es por esta condición que los humanos tenemos una doble experiencia de la realidad: una en función de nuestras necesidades – al igual que los demás animales –, y otra no relativa a ellas. Esta segunda experiencia, no condicionada por la necesidad, nos aporta una noticia de la realidad en ella misma, independientemente de la significación que pueda tener para los individuos. En este sentido será experiencia absoluta.

El autor afirma que la generación de la posibilidad del habla debe estar, necesariamente, ligada a una función. Con la dotación del habla la vida puede dejar a la especie sin acabar de determinar genéticamente pues tiene la herramienta del habla con la que puede completar su indeterminación programática: el habla es, pues, un invento biológico. Nuestra especie va a dejar determinados genéticamente

cuatro aspectos: condición simbiótica, condición sexuada, la fisiología, la competencia lingüística; y puede permitirse dejar indeterminados ‘los cómo’ de estas determinaciones. Pues ahora dispone de la dotación del habla con la que puede completar su indeterminación programática: el habla es un invento biológico. Y con ella el doble acceso a la realidad también lo es.

El acceso a la dimensión absoluta de la realidad, lo que nuestros antepasados llamaron espiritualidad, derivada de nuestra condición de hablantes tendrá que considerarse como “la cualidad humana específica”. Esta nuestra condición humana permite que podamos distanciarnos del mundo condicionado, creado por nuestra condición de animales necesitados que es un mundo irremediamente egocéntrico. Este distanciamiento es fuente de flexibilidad, y su cultivo será un valor para la sociedad dinámica.

Así el autor ve absolutamente necesario que la sociedad de innovación se plantee el cultivo de la cualidad específicamente humana que es el cultivo de la doble experiencia de la realidad. Debe hacerlo por una triple razón: la primera, porque ahora más que nunca se necesitan individuos de cualidad para conducir los cambios a los que están sometidos los individuos, los grupos y el planeta mismo; porque siendo la cualidad humana fuente de flexibilidad, resulta ser la condición indispensable para desarrollar la creatividad imprescindible para las sociedades que viven de innovación y cambio. La tercera razón para el cultivo de la doble acceso a la realidad se encuentra en que el cultivo de la dimensión absoluta de lo real vale por sí misma.

Continúa Corbí apremiando que es preciso plantearse formas de cultivo de la cualidad humana adecuadas a la nueva situación que ya no podrán ser religiosas porque estas dejan de resultar hábiles; pero a la vez advierte que sería arriesgado y un desperdicio no aprender del legado que la historia nos ha transmitido sobre ese cultivo a través de las tradiciones religiosas a lo largo de la historia de la humanidad.

Este libro es la recopilación de un estudio de más de cuarenta años. Resulta novedoso que a partir de la lingüística y la antropología sitúe la *espiritualidad* como constitutiva de la naturaleza humana, como el factor que dota de flexibilidad al ser humano. Una flexibilidad que le posibilita la creatividad que es la base desde la que la nueva sociedad opera para la creación de nuevos conocimientos, tecnologías y servicios. El autor propone sustituir el término “espiritualidad” por el de “cualidad humana”, porque “espiritualidad” hace referencia a una antropología de cuerpo y espíritu que ya no se adecua a la epistemología propia de la nueva sociedad. Y plantea la imperiosa necesidad del cultivo de la cualidad humana tanto por el hecho de el hombre es responsable del planeta y del destino de la vida que hay en él, como por la flexibilidad que proporciona que es un requisito para la sobrevivencia hoy.